

sucesores de los Apóstoles. No es orgullo ni suficiencia decir que Dios, en su misericordiosa sabiduría, salvó la herencia de su sacerdocio, de su gracia y de su revelación, mediante estos dos obispos. No somos nosotros quienes nos hemos escogido, sino Dios, que nos ha guiado en el mantenimiento de todas las riquezas de su Encarnación y de su Redención. Quienes piensan deber minimizar estas riquezas e incluso negarlas, sólo pueden condenar a estos dos obispos, lo cual no hace más que confirmar su cisma respecto de Nuestro Señor y de su Reino, por su laicismo y su ecumenismo apóstata.

Tal vez alguien me diga: «*¡Usted exagera! Cada vez hay más obispos buenos que rezan, que tienen fe, que son edificantes...*». Aunque fuesen santos, desde el momento en que aceptan la falsa libertad religiosa, y por consiguiente el Estado laico, el falso ecumenismo –y con ello la existencia de varias vías de salvación–, la reforma litúrgica –y con ello la negación práctica del sacrificio de la Misa–, los nuevos catecismos con todos sus errores y herejías, contribuyen oficialmente a la revolución en la Iglesia y a su destrucción.

El Papa actual y estos obispos ya no transmiten a Nuestro Señor Jesucristo, sino una religiosidad sentimental, superficial, carismática, por la cual ya no pasa la verdadera gracia del Espíritu Santo en su conjunto. Esta nueva religión no es la religión católica; es estéril, incapaz de santificar a la sociedad y a la familia.

¡Seamos cristianos! Aun las mismas ciencias humanas y racionales sin excepción, han de ser ilustradas por la luz de Cristo, que es la Luz del mundo y que, cuando viene al mundo, da a cada hombre su inteligencia.

El mal del Concilio es la ignorancia de Jesucristo y de su Reino. Es el mal de los ángeles malos, el mal que encamina al infierno.

Una sola cosa es necesaria para la continuación de la Iglesia católica: obispos católicos, que se preparen a predicar a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado, «*opportune et importune...*»; obispos plenamente católicos, que no hagan ningún compromiso con el error, que establezcan seminarios católicos, donde los jóvenes aspirantes se alimenten con la leche de la verdadera doctrina, pongan a Nuestro Señor Jesucristo en el centro de sus inteligencias, de sus voluntades, de sus corazones, se unan a Nuestro Señor por medio de una fe viva, una caridad profunda, una devoción sin límites, y pidan como San Pablo que se rece por ellos, para que avancen en la ciencia y en la sabiduría del «*Mysterium Christi*», en el que descubrirán todos los tesoros divinos.

Esta es toda la pretensión de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X.

+ Marcel LEFEBVRE  
Saint-Michel-en-Brenne, 29 de enero de 1990,  
fiesta de San Francisco de Sales

© Seminario Internacional Nuestra Señora Corredentora  
C. C. 308 – 1744 Moreno, Pcia. de Buenos Aires

FOTOCÓPIAME – DIFUNDEME – PÍDEME a: hojitasdefe@gmail.com

# Hojitas de Fe

Credidimus caritati

372

14. Monseñor Lefebvre

## 50º aniversario de la FSSPX Contexto en que nació la Fraternidad

*En el Prólogo de su ITINERARIO ESPIRITUAL,  
Monseñor Marcel Lefebvre resume, en una gran panorámica,  
el contexto histórico y eclesiástico en que nace  
la Fraternidad Sacerdotal San Pío X.  
Lo transcribimos casi íntegramente, con algunos ligeros retoques.*

En la tarde de una larga vida –ya que, nacido en 1905, he llegado al año 1990–, podría decir que esta vida se ha visto marcada por acontecimientos mundiales excepcionales: tres guerras mundiales, la de 1914-1918, la de 1939-1945, y la del Concilio Vaticano II de 1962-1965.

Los desastres acumulados por estas tres guerras, y especialmente por la última, son incalculables en el orden de las ruinas materiales, pero mucho más aún espirituales. Las dos primeras han preparado la guerra dentro de la Iglesia, facilitando la ruina de las instituciones cristianas y la dominación de la Masonería, la cual llegó a ser tan poderosa que logró penetrar profundamente, por su doctrina liberal y modernista, en los organismos directivos de la Iglesia.

Por la gracia de Dios, instruido desde mi seminario en Roma sobre el peligro mortal de las influencias liberales y modernistas para la Iglesia por el Rector del Seminario francés, el venerado Padre Le Floch, y por los profesores, los reverendos Padres Voetgli, Frey y Le Rohellec, he podido comprobar, a lo largo de mi vida sacerdotal, cuán justificadas eran sus exhortaciones a la vigilancia, fundadas en las enseñanzas de los Papas, y sobre todo de San Pío X.

He podido comprobar a mis expensas cuán justificada era esta vigilancia, no sólo desde el punto de vista doctrinal, sino también por el odio que provocaba en los medios liberales laicos y eclesiásticos, un odio diabólico.

Los innumerables contactos a que me condujeron los cargos que me fueron confiados, con las más altas autoridades civiles y eclesiásticas en numerosos países, y especialmente en Francia y en Roma, me confirmaron con exactitud que el viento era generalmente favorable para todos los que estaban dispuestos a compromisos con los ideales masónicos liberales, y desfavorable para el mantenimiento firme de la doctrina tradicional.

Creo poder decir que pocas personas en la Iglesia han podido tener y hacer esta experiencia de información en la medida en que pude hacerla yo mismo, no por propia voluntad, sino por voluntad de la Providencia.

Como misionero en Gabón, mis contactos con las autoridades civiles fueron más frecuentes que cuando era vicario en Marais-de-Lomme, en la diócesis de Lille. Este tiempo de misión quedó marcado por la invasión del general De Gaulle, en la que pudimos comprobar la victoria de la Masonería contra el orden católico del mariscal Petain. ¡Era la invasión de los bárbaros sin fe ni ley!

La ruptura se acentuaba en Roma y fuera de Roma entre el liberalismo y la doctrina de la Iglesia. Los liberales, después de lograr que se nombraran papas como Juan XXIII y Pablo VI, lograron hacer triunfar su doctrina por medio del Concilio, medio maravilloso para obligar a toda la Iglesia a adoptar sus errores.

Después de asistir al combate dramático entre el Cardenal Bea y el Cardenal Ottaviani, favorable para el primero, representante del liberalismo, contra el segundo, representante de la doctrina de la Iglesia, quedaba claro que la ruptura estaba consumada. No se engañaba quien pensara que el apoyo del Papa iría a los liberales. ¡Ese era el verdadero problema, planteado desde entonces a plena luz! ¿Qué harían los obispos conscientes del peligro que corría la Iglesia? Todos pudieron comprobar el triunfo de las ideas nuevas venidas de la Revolución y de las Logias dentro de la Iglesia: doscientos cincuenta cardenales y obispos se alegraron de su victoria, doscientos cincuenta se asustaron, y los otros mil setecientos cincuenta trataron de no plantearse problemas y siguieron al Papa: «*¡Ya veremos más tarde!*»...

Pasó el Concilio, y las reformas se multiplicaron tan rápido como se pudo. Comenzó la persecución contra los cardenales y obispos tradicionales, y pronto, en todas partes, contra los sacerdotes y religiosos o religiosas que se esforzaban por conservar la tradición. Era la guerra abierta contra el pasado de la Iglesia y sus instituciones: «*¡Aggiornamento, aggiornamento!*».

El resultado de este Concilio fue mucho peor que el de la Revolución. Las ejecuciones y martirios fueron silenciosos; decenas de millares de sacerdotes, religiosos y religiosas abandonaban sus compromisos, otros se secularizaban, desaparecían las clausuras, el vandalismo invadía las iglesias, se destruían los altares, desaparecían las cruces... los seminarios y noviciados se vaciaban.

Las sociedades civiles que aún seguían siendo católicas se laicizaron por presión de las autoridades romanas: ¡Nuestro Señor ya no tenía por qué reinar en la tierra, en los Estados!

La enseñanza católica se volvió ecuménica y liberal; se cambiaron los catecismos, que ya no eran católicos; la Gregoriana en Roma se hizo mixta, y Santo Tomás dejó de estar a la base de la enseñanza.

Ante esta comprobación pública y universal, ¿qué deber tenían los obispos, miembros oficialmente responsables de la institución que es la Iglesia? ¿Qué hacían? Para muchos la institución era intocable, aun cuando ya no se confor-

mara con el fin para el que había sido instituida... Los que ocupaban la sede de Pedro y de los obispos asumían la responsabilidad; hacía falta que la Iglesia se adaptara a su tiempo. Los excesos ya pasarían. Era preferible aceptar la Revolución en la propia diócesis y conducirla, antes que combatirla.

Entre los tradicionalistas, ante el desprecio que Roma les mostraba, un buen número dimitió, y algunos –como Monseñor Morcillo, arzobispo de Madrid, y Monseñor McQuaid, arzobispo de Dublín– murieron de tristeza, al igual que muchos buenos sacerdotes.

Era evidente que, si muchos obispos hubieran actuado como Monseñor de Castro Mayer, obispo de Campos en Brasil, la Revolución ideológica dentro de la Iglesia habría podido ser contenida, pues no hay que tener miedo de afirmar que las autoridades romanas actuales, desde Juan XXIII y Pablo VI, se convirtieron en las colaboradoras activas de la Masonería judía internacional y del socialismo mundial. Juan Pablo II es ante todo un político filo-comunista al servicio de un comunismo mundial con tinte religioso. Ataca abiertamente a todos los gobiernos anticomunistas, y con sus viajes no aporta ninguna renovación católica.

Se entiende, pues, que las autoridades romanas conciliares se opongan desde entonces, de manera feroz y violenta, a toda reafirmación del Magisterio tradicional. Los errores del Concilio y sus reformas siguen siendo la norma oficial consagrada por la profesión de fe del Cardenal Ratzinger, de marzo de 1989.

¿Cómo realizar lo que me parecía entonces la única solución para renovar la Iglesia y la Cristiandad? Era todavía un sueño, pero en él se me presentaba ya la necesidad, no solamente de transmitir el sacerdocio auténtico, no solamente la «*sana doctrina*» aprobada por la Iglesia, sino también el espíritu profundo e inmutable del sacerdocio católico y del espíritu cristiano, ligado esencialmente a la gran oración de Nuestro Señor que expresa eternamente su sacrificio de la Cruz. La verdad sacerdotal depende enteramente de esta oración.

Nadie negaba que yo fuera miembro oficial del cuerpo episcopal. Hasta la consagración de obispos de 1988, el Anuario Pontificio siguió presentándome como Arzobispo Obispo emérito de la diócesis de Tulle.

A este título de Arzobispo católico pensé rendir un servicio a la Iglesia, herida por los suyos, fundando una congregación dedicada a formar verdaderos sacerdotes católicos, la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, debidamente aprobada en 1970 por Monseñor Charrière, Obispo de Friburgo, en Suiza, y avalada en 1972 con una carta de alabanza del Cardenal Wright, Prefecto de la Congregación para el Clero.

Con razón podía yo temerme que esta Fraternidad, que quería aferrarse a todas las tradiciones de la Iglesia, doctrinales, disciplinares, litúrgicas, etc., no seguiría estando aprobada mucho tiempo más por los demolidores liberales de la Iglesia.

Es un misterio que no se levantaran cincuenta o cien obispos como Monseñor de Castro Mayer y yo, para reaccionar contra los impostores, como verdaderos